

y mas siendo tan grande, como vuestra merced ha dicho.—Pues allí está sin duda alguna, replicó Don Quijote, y, por mas señas, dicen que está metida en una funda de vaqueta, por que no se tome de moho.—Todo puede ser, respondió el canónigo; pero, ¡por las órdenes que recibí! que no me acuerdo haberla visto; mas, puesto que conceda que está allí, no por eso me obligo á creer las historias de tantos Amadises, ni las de tanta turbamulta de caballeros como por ahí nos cuentan; ni es razon que un hombre como vuestra merced, tan honrado y de tan buenas partes, y dotado de tan buen entendimiento, se dé á entender que son verdaderas tantas y tan extrañas locuras como las que están escritas en los disparatados libros de caballerías.—

CAPÍTULO L.

De las discretas altercaciones que Don Quijote y el canónigo tuvieron, con otros sucesos.

¡BUENO está eso! respondió Don Quijote; los libros que están impresos con licencia de los reyes, y con aprobacion de aquellos á quien se remitieron, y que, con gusto general, son leidos y celebrados de los grandes y de los chicos, de los pobres y de los ricos, de los letrados é ignorantes, de los plebeyos y caballeros, finalmente, de todo género de personas, de cualquier estado y condicion que sean, ¿habian de ser mentira, y mas llevando tanta apariencia de verdad, pues nos cuentan el padre, la madre, la patria, los parientes, la edad, el lugar, y las hazañas, punto por punto y día por día, que el tal caballero hizo, ó caballeros hicieron? Calle vuestra merced, no diga tal blasfemia, y créame, que le aconsejo en esto lo que debe de hacer como discreto; si no, léalos, y verá el gusto que recibe de su leyenda. Si no, dígame: ¿hay mayor contento que ver, como si dijésemos, aquí ahora se muestra delante de nosotros un gran lago de pez hirviendo á borbollones, y que andan nadando y cruzando por él muchas serpientes, culebras y lagartos, y otros muchos géneros de animales feroces y espantables, y que, del medio del lago, sale una voz tristesísima, que dice:—¡Tú, caballero, quien quiera que seas, que el temeroso lago estás mirando! si quieres alcanzar el bien que debajo destas negras aguas se encubre, muestra el valor de tu fuerte pecho, y arrójate en mitad de su negro y encendido licor; porque, si así no lo haces, no serás digno de ver las altas maravillas que en sí encierran y contienen los siete castillos de las siete fadas que debajo desta negregura yacen:—y que, apenas el caballero no ha acabado

de oír la voz temerosa, cuando, sin entrar mas en cuentas consigo, sin ponerse á considerar el peligro á que se pone, y aun sin despojarse de la pesadumbre de sus fuertes armas, encomendándose á Dios y á su señora, se arroja en mitad del bullente lago, y, cuando no se cata ni sabe dónde ha de parar, se halla entre unos floridos campos, con quien los Eliseos no tienen que ver en ninguna cosa? Allí le parece que el cielo es mas trasparente, y que el sol luce con claridad mas nueva; ofrécese á los ojos una apacible floresta, de tan verdes y frondosos árboles compuesta, que alegra á la vista su verdura, y entretiene los oídos el dulce y no aprendido canto de los pequeños, infinitos y pintados pajarillos que por los intrincados ramos van cruzando. Aquí descubre un arroyuelo, cuyas frescas aguas, que líquidos cristales parecen, corren sobre menudas arenas y blancas pedruzuelas, que oro cernido y puras perlas semejan. Acullá vé una artificiosa fuente, de jaspe variado y de liso mármol compuesta; acá vé otra, á lo brutesco ordenada, adonde las menudas conchas de las almejas, con las torcidas casas blancas y amarillas del caracol, puestas con órden desordenada, mezclados entre ellas pedazos de cristal luciente y de contrahechas esmeraldas, hacen una variada labor; de manera que el arte, imitando á la naturaleza, parece que allí la vence. Acullá, de improviso se le descubre un fuerte castillo ó vistoso alcázar, cuyas murallas son de macizo oro, las almenas de diamantes, las puertas de jacintos; finalmente, él es de tan admirable compostura, que, con ser la materia de que está formado no menos que de diamantes, de carbuncos, de rubíes, de perlas, de oro y de esmeraldas, es de mas estimacion su hechura; y ¿hay mas qué ver, despues de haber visto esto, que ver salir por la puerta del castillo un buen número de doncellas, cuyos galanos y vistosos trajes, si yo me pusiese ahora á decirlos como las historias nos los cuentan, seria nunca acabar, y tomar luego, la que parecia principal de todas, por la mano al atrevido caballero que se arrojó en el ferviente lago, y llevarle, sin hablarle palabra, dentro del rico alcázar ó castillo, y hacerle desnudar como su madre le parió, y bañarle con templadas aguas, y luego untarle todo con olorosos unguentos, y vestirle una camisa de cendal delgadísimo, toda olorosa y perfumada, y acudir otra doncella, y echarle un manto sobre los hombros, que, por lo menos menos, dicen que suele valer una ciudad, y aun mas? ¿qué es ver, pues, cuando nos cuentan que, tras todo esto, le llevan á otra sala, donde halla puestas las mesas con tanto concierto, que queda suspenso y admirado? ¿qué el verle echar agua á manos, toda de ámbar, y de olorosas flores distilada? ¿qué el hacerle sentar sobre una silla de marfil? ¿qué verle servir todas las doncellas, guardando un maravilloso silencio? ¿qué el traerle tanta diferencia de manjares, tan sabrosamente guisados, que no sabe el apetito á cuál deba de alargar la mano? ¿cuál será oír la música que, en tanto que come, suena, sin saberse quién la canta, ni adónde suena? ¿y, despues de la comida acabada, y las mesas alzadas, quedarse el caballero recostado sobre la

silla, y quizá mondándose los dientes, como es costumbre, entrar á deshora, por la puerta de la sala, otra mucho mas hermosa doncella que ninguna de las primeras, y sentarse al lado del caballero, y comenzar á darle cuenta de qué castillo es aquel, y de cómo ella está encantada en él, con otras cosas que suspenden al caballero, y admiran á los leyentes que van leyendo su historia? No quiero alargarme mas en esto, pues dello se puede colegir que, cualquiera parte que se lea de cualquiera historia de caballero andante, ha de causar gusto y maravilla á cualquiera que la leyere; y vuestra merced créame; y, como otra vez le he dicho, lea estos libros, y verá cómo le destierran la melancolía que tuviere, y le mejoran la condicion, si acaso la tiene mala. De mí sé decir que, despues que soy caballero andante, soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortés, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos; y, aunque há tan poco que me ví encerrado en una jaula, como loco, pienso, por el valor de mi brazo, favoreciéndome el cielo, y no me siendo contraria la fortuna, en pocos dias verme rey de algun reino, adonde pueda mostrar el agradecimiento y liberalidad que mi pecho encierra; que mia fe, señor, el pobre está inhabilitado de poder mostrar la virtud de liberalidad con ninguno, aunque en sumo grado la posea, y, el agradecimiento que solo consiste en el deseo, es cosa muerta, como es muerta la fe sin obras. Por esto querría que la fortuna me ofreciese presto alguna ocasion donde me hiciese emperador, por mostrar mi pecho haciendo bien á mis amigos, especialmente á este pobre de Sancho Panza, mi escudero, que es el mejor hombre del mundo, y querría darle un condado que le tengo muchos dias há prometido, sino que temo que no ha de tener habilidad para gobernar su Estado." Casi estas últimas palabras oyó Sancho á su amo, á quien dijo: "Trabaje vuestra merced, señor Don Quijote, en darme ese condado, tan prometido de vuestra merced como de mí esperado, que yo le prometo que no me falte á mi habilidad para gobernarle; y, cuando me faltare, yo he oído decir que hay hombres en el mundo que toman en arrendamiento los Estados de los señores, y les dan un tanto cada año, y ellos se tienen cuidado del gobierno, y el señor se está á pierna tendida, gozando de la renta que le dan, sin curarse de otra cosa; y así haré yo, y no repararé en tanto mas cuanto, sino que luego me desistiré de todo, y me gozaré mi renta como un duque, y allá se lo hayan.—Eso, hermano Sancho, dijo el canónigo, entiéndese en cuanto al gozar la renta; empero, al administrar justicia, ha de entender el señor del Estado, y aquí entra la habilidad y buen juicio, y principalmente la buena intencion de acertar; que, si ésta falta en los principios, siempre irán errados los medios y los fines; y así suele Dios ayudar al buen deseo del simple, como desfavorecer al malo del discreto.—No sé esas filosofías, respondió Sancho Panza; mas solo sé, que tan presto tuviese yo el condado como sabria regirle, que tanta alma tengo yo como otro, y tanto cuerpo como el que mas, y tan rey seria yo de mi Estado como cada uno del suyo, y siéndolo haria lo que quisiese,